

Biblia hasta nuestros días?, ¿en cuántos el espacio de la imagen no ha sido oscurecido y subvertido o sufrió la locura del espejismo fatal?

De aquel dolor carnal y del caos de los sueños hay muestras nutridas en *Las nubes y los años*. Reflejos leves y fugaces sombras del historial lírico, como una pátina visten a veces el concepto y la metáfora. A ratos, en afán novedoso, se incrusta una palabra ajena que no beneficia la imagen ni el impulso. Pero todo esto es parte del aprendizaje, de la artesanía, siempre esforzados, ascendentes. El forjador habrá de estar atento a la naturaleza del metal, a su sensibilidad, a su dureza, a sus ocultas vetas. Ese ritmo de la poesía —puede ser sólo un ritmo interior— significa continuidad, mas nunca repetición manida. La conciencia de altitud y de integridad recóndita son inherentes a ella. Ese constante inclinarse sobre el íntimo mundo y sobre la faena que allí se realiza, constituye el imperativo del creador legítimo.

El dolor que la muerte del ser querido genera como un sagrado fuego, gravita en su conciencia despierta y de allí surge cual pesada bruma la fatalidad del tiempo.

*Callas, te vas hundiendo en años, sufres, hablas
pasas lleno de lluvia por las calles.
Los ojos se te prenden de muchachas
blancas, gráciles,
intocadas de polen y sarmientos.
“¡Ay, ni el vino, ni el sueño,
ni las largas caminatas de noche te sonrien!
No tienes paz, la sangre te desgarras
y te marchas de todos presuroso.*

En *Nubes sobre la noche*, exclama:

*¿Qué soy, qué busco, qué ardo, qué persigo entre ruinas?
¿Qué llanto, qué cigarras me esperan este invierno?
¿Cómo escapas un lunes, un miércoles, un sábado,
arena necesaria, pájaro indiferente!*

El acento no cede en su insistencia trágica y contenida, respira en el espacio poético sin dispararse, iluminado por las llamas de la materia herida y por el líbido cielo de la desesperanza. En vano buscamos en este horizonte de angustia un verde collado, unas alas azules, un alba de refugio a la templanza y la gracia.

L. Y.

<https://doi.org/10.29393/At392-85HMVM10085>

Historia de la Marina Mercante de Chile, de CLAUDIO VÉLIZ
Ediciones de la Universidad de Chile, 1961

El autor de este acucioso estudio, Claudio Véliz, es investigador de Historia Económica. Su labor abarca diversos aspectos de la Economía. Frecuentó las Universidades de Estados Unidos y Gran Bretaña. Obtuvo su doctorado en la London School of Economics. En la actualidad es profesor de la Escuela de Estudios Económicos Latinoamericanos para Graduados, dependiente de la Facultad de Economía de la Universidad de Chile.

Su "Historia de la Marina Mercante de Chile", impresionante alarde exhaustivo de estadística y de datos marginales, revela el sentido aleccionador de la simple o compleja historia, cuando se remontan sus tramos con una preocupación y un criterio de tipo económico. Obsérvese que semejante postura intelectual no supone, tan sólo, la interpretación económica de la historia, técnica por lo general dañada en su origen, sino, más bien, indica la aplicación del método histórico en los estudios sociales.

Aunque los fenómenos, como los ríos de la vida, no son iguales nunca, los economistas dicen que los errores del pasado revierten como una enseñanza sobre los planos de la actualidad. Claudio Véliz, adscrito a esta corriente humanista, copia en la Introducción de su valioso trabajo las siguientes palabras del filósofo Santayana: "Los pueblos que olvidan su pasado están condenados a repetirlo".

Sin embargo, conecedor de la relatividad que encierran las frases célebres, agrega: "Esta cita de Santayana encierra una filosofía de la historia que es obviamente errónea e indefensible en la generalidad de los casos, pero que, con cierta superficialidad, puede aplicarse a la experiencia que Chile ha tenido con su marina mercante".

Posición repensable y altamente discreta de un profesor abocado a las realidades y lucubraciones económicas. Todo su trabajo está enraizado en una impresionante y documentada revisión de los diferentes períodos históricos. Seis etapas señala como jalones de su examen, proyectadas desde 1810 hasta 1922. Aquí se detiene la investigación, porque los fenómenos económicos requieren de una prudencial perspectiva para ser enjuiciados, máxime si las conclusiones aspiran a tener validez.

Ejemplos de investigación severa son los artículos dedicados a la fundación de la Pacific Steam Navigation Company, de Liverpool, los debates críticos dedicados a la obra de Courcelle-Seneuil, la evocación del ambiente económico en que surgen las primeras sociedades anónimas navieras en Chile, la glosa de un momento propicio para la recuperación de la marina mercante chilena, después de la Guerra del Pacífico, el examen de matización patriótica de las facilidades portuarias del litoral chileno. Y, sobre todo, el estudio titulado "El retorno a 1811", que completa un largo ciclo de aciertos y errores, de los cuales se deriva la situación actual, no muy halagüeña, en la que se anidan la apatía administrativa y la mentalidad criolla, que todavía sueña con soluciones imprevistas brotadas del fondo de los mares. Pero sabido es que las ninfas y ondinas protectoras de los hombres se ahogaron, para siempre, desde hace milenios.

El doctor Claudio Véliz nos conduce hasta ese año de 1922 en que el Presidente Arturo Alessandri firmó la promulgación de la ley de cabotaje. La pluma de oro fue entregada al Museo Naval, "como recuerdo de la nacionalización de la marina mercante". Ley similar a las promulgadas en 1811 y 1836.

Pero, sin una política de primas de navegación, sin un fomento a la construcción naval, la ley de cabotaje estaba condenada al fracaso. Con energía, Claudio Véliz señala que las firmas navieras, que recaudaron grandes ingresos, no los utilizaron en una política de nuevas inversiones. Los distribuyeron en forma de dividendos, abrieron cuentas corrientes en los bancos extranjeros. Posición psicológica que explica el poco incremento de la marina mercante.

De la misma manera, cuando se obtuvo la libertad absoluta en los valores

de fletes costeros, nadie pensó en ocupar parte del ingreso al aumento del tonelaje mercante. Lenidad gubernamental y sucesivos errores dieron como resultado la actual limitación. El mar nos promete un futuro esplendor, pero todavía vivimos en los estadios de la promesa.

Claudio Véliz, riguroso en sus afirmaciones, con magistral espíritu de síntesis, nos brinda un trabajo de investigación que está esperando a los políticos y a los hombres cuyo instinto de salvación todavía no se agostó en las radas sin astilleros y en los mares sin una numerosa flota de barcos.

Una larga espera, de CARLOS MORAND
Ediciones Alerce. Santiago, 1961

Unas palabras de André Malraux sirven de introducción y médula a esta "nouvelle" de Carlos Morand. Quizá sea interesante citarlas: "En la lucha más apasionada existe un gran número de indiferentes. Después de varios meses de guerra, hay algo que sigue siendo para mí un misterio: el momento en que un hombre se resuelve a empuñar un fusil".

Esa tónica pacifista impregna el relato, llevado de frente con indudable maestría, con ciertas dosis de suspenso entre cuyas frondas se inserta una serie de atinadas meditaciones.

Ahora bien, el tema parece estar inspirado en las concepciones del autor de "La Esperanza", pero la técnica literaria nos recuerda las mejores páginas de Albert Camus. Recuérdese su famoso "recit", titulado "La caída".

El argumento de "Una larga espera" tiene calidades simbólicas. Y sus páginas rezuman un sabor moralista, didascálico. Un intelectual ha caído prisionero de una facción guerrera. Teme ser torturado. Se da cuenta de la inutilidad de su conducta frente al vivir problemático, inesperado. Pronuncia las siguientes palabras: "Quiero dejar de ser pasado... quiero dejar de ser futuro... Sólo presente... ¿Para qué seguir hundiendo mis manos en las aguas de este río cuya corriente jamás remontaré y cuya desembocadura me aterra divisar?".

Su posición pacifista le dice que los seres humanos buscan en la guerra un escape desesperado a la neurosis "que la humanidad va acumulando, siglo tras siglo, en los repliegues del subconsciente colectivo".

Hay en esta novela breve, tan diestramente articulada, un deseo de superar las etapas del vivir azaroso, entre revoluciones que nada resuelven. El intelectual prisionero, a pesar de escuchar el problemático revoloteo de la muerte airada, sólo piensa en la salvación hecha de rostros amados y de rutilantes estrellas, prendidas en los cielos. Y como final de sus adquisiciones, encarando incluso la necesidad de abanderarse, se pregunta: "¿Por quién lucharía? ¿Por los blancos? ¿Por los azules? En el fondo, me da igual, porque después de todo, no creo que ése sea mi verdadero problema."

Este libro, premiado por la Sociedad de Escritores de Chile, tiene finas calidades artísticas y una inteligente vertebración.

La captura, de EDESIO ALVARADO
Ediciones Alerce. Santiago, 1961

Esta obra fue premiada por la Sociedad de Escritores de Chile. Su tema está vinculado, por obra del paisaje, a las regiones sureñas del país, en donde la